

Hacia una comprensión de la filosofía sorjuanina

Diana Janeth Rubio Medrano

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

ORCID: 0009-0001-6567-8635

*Para todo se halla prueba
y razón en qué fundarlo;
y no hay razón para nada,
de haber razón para tanto.
Sor Juana.*

LA OBRA DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ HA SIDO ESTUDIADA CON ESMERO desde múltiples perspectivas. Más allá de la convicción de los lectores que encuentran en su producción literaria el prodigio de una religiosa novohispana que supo expresarse en diversos registros, están los estudiosos(as) que indagan en las formas estilísticas, las imágenes poéticas o el contexto sociocultural del siglo XVII. Existen esfuerzos críticos que surgen de la minuciosidad filológica y otros tantos, como ahora nos interesa, que fundamentan la constitución de un indudable pensamiento filosófico en los textos de la autora.

Las ideas que constituyen este pensamiento se encuentran depositadas en toda la obra de la monja que, si bien, llegó a la cumbre poética a través del *Primero sueño* (1692) y el dominio de formas métricas como el soneto, el romance o la redondilla,¹ fue igualmente fructífera en la escritura prosística, a través de la *Carta atenagórica*, conocida también como *Crisis de un sermón* (1690), *La Autodefensa espiritual*, también llamada *Carta de Monterrey* (1681) o *La respuesta a sor Filotea de la Cruz* (1691),

¹ Llegó a declarar en la *Respuesta*: "yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos y preceptos ajenos; de tal manera, que no me acuerdo haber escrito por mi gusto sino es un papelillo que llaman *El Sueño*" (470-471). Esto genera la impresión de cierta predilección por la escritura en verso, aunque en más de una ocasión llegó a hablar con pesadumbre de esta facilidad en la escritura, por ejemplo, en la *Autodefensa espiritual*: "me conformaba con la natural repugnancia que siempre he tenido a hacerlos, como consta a cuantas personas me conocen" (578).

por mencionar algunos textos en que resulta evidente la presencia de una tradición filosófica. Así se expresa, en este último:

¿Cómo sin Lógica sabría yo los métodos generales y particulares con que está escrita la Sagrada Escritura? ¿Cómo sin Retórica entendería sus figuras, tropos y locuciones? ¿Cómo sin Física, tantas cuestiones naturales [...]? (447)

Las disciplinas mencionadas solo ascienden en complejidad: música, aritmética, geometría, arquitectura. Este pasaje evidencia una preocupación insistente por el saber de la época, un encadenamiento entre formas de analizar el mundo muy propias de aquellos contemporáneos de la monja a quienes solemos denominar “filósofos” o incluso “científicos”; basta pensar en Carlos de Sigüenza y Góngora, su gran amigo, capellán jesuita, en cuya escritura se vierten saberes de tipo histórico, astronómico y, evidentemente, filosófico. No es difícil imaginar al par de criollos en ávida y curiosa conversación. Ambos personajes con su respectiva obra, abonaron a lo que Jaques Lafaye identifica como “triumfalismo criollo” (lo cual apunta a las expresiones de orgullo novohispano).

En este sentido, cabe rescatar algunas opiniones, por ejemplo, la de Mauricio Beuchot, quien ha abordado este tema en diversas ocasiones, aunque destaca en su producción el libro titulado *Sor Juana: una filosofía barroca* (1999); ahí señala, entre otras cosas, una línea de corrientes que se asoman

en la obra sorjuanina. La escolástica, que a la manera de Santo Tomás de Aquino muestra una larga tradición aristotélica que creció en el medievo; el hermetismo, que tomó fuerzas durante el Renacimiento al recuperar las enseñanzas del mitológico egipcio Hermes Trismegisto fusionándolas con rasgos neoplatónicos; y, la por entonces, naciente modernidad que, por vía de Descartes, crece en Europa esparciendo un espíritu, curioso, crítico y escéptico. Esa forma de ser, según cuenta Francisco López Cámara en el artículo titulado “El cartesianismo en Sor Juana y Sigüenza y Góngora” (1950), contiene en sí la cautela, la desconfianza, la inquietud científica, el “primado de la razón matemática, autonomía filosófica, rechazo del principio de autoridad”. Pues nuestra autora “va siempre tras los fundamentos de la verdad”.

Ya en el siglo pasado, José Gaos consideraba *El sueño* como perteneciente “a la historia de las ideas en México” (1960) y no puede dudarse de dicha afirmación dada su potencia lírica, su riqueza lingüística y su complejidad expresiva. Del mismo modo, unos años antes de la declaración del filósofo español, Ezequiel Adeodato Chávez discurría sobre las “Filosofías de Sor Juana” (1931), manifestando que todo en ella la colocaba en la senda del pensamiento; el fluir de su conciencia le inclinaba “a ir fuera de sí misma, a cuanto pudiera entenderse y aprenderse, y sobre todo a la verdad”. Este sería el establecimiento de una actitud epistemológica ligada a la mo-



dernidad y compatible con la llamada duda cartesiana.

La afinidad con el espíritu moderno la atiende también Laura Benítez y así declara en “Sor Juana Inés de la Cruz y la filosofía moderna” (1994) que intenta verla como cercana a este periodo de la historia, pues considera perceptibles más allá de sus ideas sobre Dios, algunos temas como “el mundo físico, la educación, la organización de las ciencias, la libertad y algunas cuestiones epistemológicas” e integra otros como la disposición mental para el conocimiento o la necesidad de ir más allá de la intuición, debido a que solo por medio de esta no puede alcanzarse un saber integral.

La filósofa Paula Gómez Alonzo aborda esta cuestión de manera contundente en su “Ensayo sobre la filosofía en sor Juana Inés de la Cruz” (1956), donde declara que el rasgo que define a un pensador es la “avidez de saber”, mismo que puede a veces expresarse a modo de “empeño impertinente”, también indica que si algo caracteriza el pensamiento sorjuanino es el orden, es decir, una tendencia a la búsqueda sistemática de la verdad: la razón en primer término, antes que la “fantasiosa sensiblería”.

Hasta este punto, resalta el término “verdad” como palpable deseo de la jerónima, apetencia que también, cabe subrayar, va de la mano con la fe, ya que el conocimiento resulta una vía de acercamiento a la deidad y elemento central para comprender las *Sagradas Escrituras*, las creaciones divinas y la

apertura del alma. Sor Juana era ante todo una religiosa y así entendía las leyes naturales y el bien común como formas de unión con Dios, de ahí su vinculación con la escolástica y la vertiente tomista.

El hermetismo aparece en relación con la física y la astronomía en un sentido y con la magia y el esoterismo en otro. Implica pues una comprensión de la realidad que rozó a Sor Juana, al menos como lectora y que quizá, en cierto modo, llegó a alimentar su imaginación y producción. La fuente de acceso a esta tradición sería el padre alemán Athanasius Kircher, a quien nuestra autora llegó a mencionar como “Atanasio Quirqueiro” e incluso inventó el verbo “kirkerizar” al abordar el tema de la combinatoria diagramática que el autor utilizaba para descubrir y explorar formas conceptuales y místicas.

Lo mencionado hasta aquí nos conduce a enlistar los temas de una búsqueda filosófica; serían tales como la lógica en el discurso, la búsqueda del conocimiento, la avidez de saber, las nociones de alma y razón, la existencia del libre albedrío, el ordenamiento de lo sensible frente a lo racional, las formas de la teología, cierto análisis de la estructura social, además del sentido de la belleza. Para Sor Juana, la búsqueda intelectual se dirige por muchos caminos. Así lo señala en la *Respuesta*: “puedo asegurar que lo que no entiendo en un autor de una facultad, lo suelo entender en otro de otra que parece muy distante; y esos propios, al explicarse, abren ejemplos metafóricos de otras artes” (450).

Estamos frente a un intelecto abierto y audaz, cuyos lances se posan en la minuciosa observación y lectura, aunque también se vuelcan en la habilidosa manera de despegar el raciocinio a partir de lo disponible. De tal modo lo reitera unas líneas más tarde: “estudiaba continuamente diversas cosas, sin tener para alguna particular inclinación, sino para todas en general; por lo cual, el haber estudiado en unas más que en otras, no ha sido en mí elección, sino que el acaso de haber topado más a mano libros de aquellas facultades” (449).

Quizá sea esta la forma de conocer a la que debiéramos aspirar en nuestro andar contemporáneo que, de manera apresurada, siempre nos dirige a un entendimiento fragmentario e inmediato. Si bien, existe una cantidad importante de autores y estudios que se vuelcan sobre el asunto aquí planteado, y que por ahora solo puedo abordar de manera esbozada, considero que el esfuerzo por concebir a Sor Juana como una pensadora integral todavía no se agota. Es necesario enunciarla muchas veces aún como la primera filósofa de México y de Latinoamérica.



Luis Pegut, *Mujer de manto efímero*.

